

día 11 de septiembre se retiró al cuartel general, trasladado a la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, y en los días siguientes se dedicó a asumir su parte en la «limpieza del centro de Santiago», para después preparar la participación de los cadetes en el Quinto Festival Sudamericano de Cadetes en Colombia, Bogotá, que debía empezar el viernes 21 de septiembre.

En suma, Palacios se quedó sólo con el «esquema general» de la historia oficial del suicidio simulado de Allende, y no con todos los «detalles perfeccionados» de las horas y días siguientes.

Por eso, al hacer declaraciones muy completas del hecho en Bogotá, las cuales reproducimos en las páginas anteriores de este reportaje, entró en contradicciones serias con la «versión oficial» a cargo del general Ernesto Baeza Michelsen.

### *Algunas comparaciones*

Si ustedes vuelven a leer las declaraciones del general Palacios en Bogotá el sábado 21 de diciembre, se encuentran con las siguientes cosas:

1) Afirma que NO HUBO RENDICION en La Moneda. Que sus tropas la ocuparon «dominando la resistencia» de combatientes que gritaban «el marxismo no se rinde».

2) El general Palacios encontró al doctor Guijón en el interior de Palacio presa de un ataque de nervios porque «temblaba y casi no podía hablar». Es decir, tal como ocurrió, y sirvió para que lo eligieran como «testigo» bajo amenaza de acusarlo de «asesinato del Presidente».

3) El general Palacios dice que el «suicida» estaba «con la metralleta en las manos».

4) Agrega Palacios que «ordené a mis hombres que no tocan nada». Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías.»

5) Y termina el testimonio del general Palacios así: «Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los leagistas que establecieran si el Presidente había bebido algo, la prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada».

Estas son, en síntesis, las cinco afirmaciones principales del general Javier Palacios Ruhman, testigo presencial, según informe oficial del sitio del suceso del «suicidio» de Salvador Allende. Estas cinco afirmaciones fueron hechas el sábado 22

de septiembre de 1973, en Bogotá, porque, según las mismas palabras del general Palacios, «desgraciadamente, el señor Allende se suicidó. Me duele tener que decir todo esto. Pero ante las falsas versiones y calumnias que se están propalando sobre la realidad política de Chile, no hay más camino que el de la verdad. Y ésta es la verdad». La «verdad» de los cinco puntos que ya vimos.

Pues bien, 48 horas antes, el jueves 20 de septiembre, en Santiago de Chile, a miles de kilómetros de distancia de Bogotá, el general Ernesto Baeza Michelsen, ya como director general de Investigaciones (policía civil) daba a conocer el «informe oficial» sobre la materia, el cual era **TOTALMENTE CONTRADICTORIO** con las cinco afirmaciones posteriores del general Palacios.

Vamos a ver:

1) El general Baeza Michelsen dijo que las tropas de Palacios entraron a La Moneda **DESPUES** que ésta se rindió. Es decir, ahora resulta que hubo **RENDICION**. ¿Por qué? la respuesta es simple: porque solamente si Allende se hubiera rendido, habría habido alguna justificación para el suicidio. Entonces, Baeza Michelsen decidió que la versión oficial tenía que contemplar «la rendición» de La Moneda. Pero esto no lo sabía el general Palacios, que fue el encargado de tomar el lugar y, como dijo, tuvo que «dominar la resistencia» de los defensores «que nos recibieron a balazos».

Para darle «seriedad» a la tesis de la rendición, el general Ernesto Baeza Michelsen leyó a los periodistas, el jueves 20 de septiembre, el «testimonio» del doctor Patricio Guijón Klein (el cual, en diciembre de 1973, fue dejado libre incondicionalmente por las autoridades militares. Por supuesto, el doctor Guijón no cometió el error del doctor Enrique Paris). Este es el «testimonio»: «El Presidente dijo «ríndanse», que «la Payita salga primero» (la secretaria privada Miriam Contreras de Rupert), «yo .saldré al final». Se produjo el movimiento. El ordenamiento. Alguien proporcionó una escoba y yo me saqué el delantal blanco de médico, que teníamos puesto para identificarnos, y lo di para que sirviera como bandera blanca. En ese momento salió todo el grupo y yo quedé más o menos al final. Cuando íbamos bajando hacia la puerta de Morandé 80, con la intención de rendirnos, de acuerdo a lo ordenado por el propio Salvador Allende, recordé que había dejado mi máscara de gases y volví a buscarla. Y justamente cuando voy en busca de ella

pasé frente a la puerta de la habitación que había hacia el salón inmediatamente contiguo. Vi justamente frente a mí, en el lado derecho, sentado en un sofá, un sofá rojo, al presidente Allende en el preciso instante en que se disparaba con un arma colocada entre las piernas. Yo pude ver cómo el cuerpo se sacudía y el cráneo volaba hecho añicos. No pude precisar si fueron uno o dos disparos porque había un tenso tiroteo afuera que no me permitió reconocer los tiros del arma. Corrí inmediatamente hacia él para ver si podía prestar alguna ayuda, pero al llegar cerca de él me di cuenta que no había nada que hacer. El destrozo era tan grande que aseguraba una muerte inmediata. Desconcertado ante toda esta situación, ante este hecho, y sin hallar otra cosa que hacer, yo ya había perdido contacto con el grupo, no había nadie en el salón, no hallé otra cosa que sentarme al lado de él y esperar lo que pudiera acontecer.»

Esta es una especie de testimonio perfecto, que debe haber complacido mucho leer al general Ernesto Baeza Michelsen. Pero, además del hecho probado más allá de toda duda de que NO HUBO RENDICIÓN en La Moneda, quedan algunos puntos oscuros: si el doctor Guijón y los demás estaban bajando por la escalera y él se había desprendido de su delantal blanco «de identificación», es decir, un seguro de vida en momentos tan dramáticos, ¿para qué volvió a buscar la máscara de gases?, ¿de qué le podría servir ahora, rendido? ¿No era mucho más útil su uniforme de médico, delantal blanco, y sin embargo se desprendió de él? ¿No aseguraba su vida caminando con el grupo rendido y no desprendiéndose de él? Y más todavía: si él, como médico cirujano experto, ve que un hombre se vuela «el cráneo hecho añicos», ¿por qué corre a tomarle el pulso, y no hace, como cualquier otra persona, lo elemental, que es correr hacia el grupo de personas rendidas buscando ayuda? Y, por último, si se da cuenta de que Allende se ha suicidado y está en un salón a unas docenas de pasos de la escalera que baja a Morandé 80, ¿por qué no camina esa docena de pasos, a la carrera, y grita que el presidente se había suicidado?

No, el doctor Guijón hace todo lo que le conviene al general Baeza para «demostrar» el «suicidio» de Allende. Y el doctor Guijón hace eso y no lo normal en una situación tan dramática. El doctor Guijón «escucha» que Allende da orden de rendirse. El doctor Guijón, en actitud «heroica», se despoja de su seguro de vida, el delantal blanco, para ponerlo en un palo de

escoba como bandera de rendición. El doctor Guijón regresa sobre sus pasos para buscar una inútil máscara de gases y servir de «testigo ocular» al supuesto suicidio. Y lo peor: el doctor Guijón no grita, no chilla, no corre a avisar la terrible noticia a la hilera de rendidos... No, se queda allí, a solas con el supuesto cadáver, para esperar la llegada del general Palacios y sus hombres, para servir de testigo. Arriesga una vez más el cuello de manera inexplicable. Y mucho más inexplicable si se sabe, como se supo más tarde, que era médico cirujano de Allende no por amistad con el Presidente, ni siquiera «por orden del Partido», ya que no pertenecía a ninguno, sino que «acepté el cargo, puesto que para uno, como médico, es un gran espaldarazo que un colega le solicite que sea el médico de un paciente de esa categoría».

Como se ve, el general Baeza se consiguió un testigo muy bueno, sin fallas, haciendo todo lo que tenía que hacer, como si supiera que iba a servir de testigo para caso tan importante. Y lo mejor es que su declaración lo hace aparecer como un hombre «frío, tranquilo».

Veamos ahora el segundo punto de contradicción entre el general Ernesto Baeza y el general Javier Palacios:

2) El general Palacios dice que encontró al doctor Guijón «al lado suyo o en un rincón» (no se acuerda bien el general, que tan buena memoria tiene para los detalles, como al decir «me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo, con la metralleta en las manos. El casco y la máscara de gases a un lado, los anteojos en el suelo. La cara estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía»). Pero no se acuerda donde estaba el doctor Guijón. Era la duda, en Bogotá, sobre qué diablos habría hecho su general Baeza con el doctor Guijón, cómo saber en Bogotá dónde había puesto Baeza, en Santiago, al «testigo clave», si al lado del cadáver, en el sofá o en un rincón de una pieza, tal como realmente lo encontraron los soldados, presa de un ataque de histeria por el combate feroz que se desarrollaba en el Palacio, que **NO SE HABÍA RENDIDO**.

Pero sigamos con este punto dos. Palacios dice que Guijón «temblaba y casi no podía hablar», y aquí un agregado literario del general Palacios: «Me dijo: “Es el Presidente. Es el Presidente”». Pero el general Baeza dijo otra cosa. Recordemos que el general Baeza necesitaba un testigo «intelectualmente apto» para su historia. El general Baeza dijo que «el doc-

tor Guijón estaba junto al cadáver del Presidente, y cuando entró el general Palacios se identificó como médico personal del señor Allende y dio cuenta de los hechos».

Y para poner en nuevos aprietos la coherencia de la historia, el general Baeza cita de la declaración de Guijón esta frase: «Yo estaba sentado inmediatamente contiguo al Presidente» cuando entró «el general». Y ocurre que «el general» (Palacios), dice en Bogotá, el 22 de septiembre, que no se acuerda si Guijón estaba «al lado suyo o en un rincón».

3) Este punto es importante. De enorme importancia. Como vimos al examinar el informe pericial de la Brigada de Homicidios, resulta policialmente grotesco afirmar que un hombre que se suicida sentado, en una posición inestable, con un fusil ametrallador sujeto entre sus rodillas, quede muerto, sentado y ¡con el fusil ametrallador sobre sus rodillas! Bueno, ocurre que el informe pericial de la Brigada de Homicidios lo señala así, con todas sus letras. ¿Cómo reparar ese error? El general Baeza planificó una manera, en la cual, una vez más, debía intervenir el «testigo» salvador de circunstancias difíciles. Baeza ordenó a Guijón decir que él le había dado un manotazo al arma suicida, para alejarla de sí y evitar que los soldados creyeran que era un combatiente, y que, después, el general Palacios, en un «exceso de celo» para «no mover nada de la escena del suicidio», le había ordenado que la pusiera sobre las rodillas del cadáver de Allende y que, los policías civiles al «describir» la escena, habían hecho sólo eso, «describir» lo que vieron. Por ello el arma reposaba sobre las rodillas del cadáver porque Palacios ordenó a Guijón que la pusiera allí.

El jueves 20 de septiembre, Baeza Michelsen leyó esa parte de la declaración del doctor Guijón, el cual la ha repetido a los periodistas en entrevistas concedidas desde diciembre pasado, cuando salió libre incondicionalmente. El testimonio es el siguiente:

«En un momento dado retiré el arma porque yo estaba sentado inmediatamente contiguo al Presidente y entre los dos había muy poco espacio, entre el cadáver y yo, y el arma quedaba demasiado cerca. Entonces yo pensé que si en un momento dado entraban tropas podían ver que yo quisiera defenderme. Entonces decidí quitar el arma y colocarla en el extremo opuesto del sofá **POSTERIORMENTE ESTO LO HICE VER AL GENERAL QUE ENTRÓ, QUIEN ME HIZO RESTITUIR EL ARMA A SU LUGAR.**»

Claro, la declaración es muy buena, pero ocurre que el general Palacios, en Bogotá, 48 horas después, decía esto otro:

«Me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo, CON LA METRALLETA EN LAS MANOS. EL CASCO Y LA MASCARA DE GAS A UN LADO, LOS ANTEOJOS EN EL SUELO. La cara estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía».

La contradicción entre los dos testimonios es tan grande, tan brutal, que no necesita ningún comentario. Solamente reiterar que el general Palacios tenía justificación al cometer tan tremendo error en sus declaraciones: él simplemente estaba contando cómo habían dejado el cadáver de Allende los «expertos» del SIM, que construyeron la escena del «suicidio» con dos equivocaciones serias: dejar sentado el cadáver, y poner sobre sus rodillas la supuesta arma utilizada por el suicida.

4) Para completar el cuadro de «decir la verdad, nada más que la verdad», el general Palacios contó el 21 de septiembre en Bogotá que «ordené a mis hombres que no tocan nada». «Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías.»

Esto es sólo parte de la verdad. Palacios, efectivamente ordenó a sus hombres que «no tocan nada»... ¡pero en el Salón Rojo de la Moneda, en el cual, ardiendo, estaba el cadáver del presidente Allende después de ser asesinado por la patrulla de penetración de la Escuela de Infantería, minutos después de las dos de la tarde! El traslado del cadáver de Allende al Salón Independencia, a salvo del fuego del incendio provocado por los bombardeos, se hizo después de las tres de la tarde, y en esa tarea ya no tomaron parte los «hombres» del general Palacios, sino los miembros del equipo del Servicio de Inteligencia enviados por el general Baeza Michelsen para preparar la escena del «suicidio». Palacios recibió instrucciones desde Peñalolén, de parte del general Augusto Pinochet, para dejar entrar al recinto a los «jefes del servicio de sanidad de las tres armas y de Carabineros. Pero esos jefes NO CONCURRIERON a La Moneda. Eso, por supuesto, Palacios no lo supo, porque a partir de las cuatro de la tarde, más o menos, se desentendió de la trama para dedicarse a la «ocultación militar definitiva del recinto».

Entonces, lo que realmente ocurrió, fue tal como lo cuenta el general Ernesto Baeza Michelsen —desmintiendo, sin saberlo, al general Palacios— el jueves 20 de septiembre:

«Al constatarse la muerte del ex presidente Allende, el Mando Militar ordenó la concurrencia de detectives y peritos de la Brigada de Homicidios al Palacio de la Moneda, manteniendo en el mismo escenario de los hechos al doctor Patricio Guijón Klein, que aparecía como sospechoso integrante del GAP y posible autor del asesinato del Primer Mandatario». Estos policías fueron los que tomaron «setenta fotografías» del sitio del suceso.

En suma, Palacios dice que «llegaron peritos de las tres armas chilenas». El general Baeza dice que no, que fueron «peritos de la Brigada de Homicidios». Palacios dice que los «militares» tomaron las fotografías del sitio del suceso. El general Baeza dice que no, que fueron los expertos de la Brigada de Homicidios.

Y como un agregado lírico a esta suma de contradicciones infantiles, una frase del informe médico del cadáver de Allende, puesta ahí para «evitar dudas» respecto al «suicidio»: «Los análisis de la piel de las manos y barbilla demuestran la existencia de pólvora, provocada por el uso de arma de fuego».

Esto, en un suicidio simple, es prueba concluyente. La muestra de pólvora en las manos del suicida, demuestra que utilizó el arma suicida, pero ¿qué demuestra en el caso de Salvador Allende, que había estado combatiendo durante cuatro horas y media, desde las nueve y media hasta las dos de la tarde cuando fue acribillado por la patrulla de la Escuela de Infantería? Por supuesto que nada, porque después de cuatro horas y media de disparar contra las tropas invasoras, no sólo las manos de Allende, sino su rostro, sus ropas, todo él estaba cubierto de residuos de pólvora. Eso es concluyente.

5) El 22 de septiembre, el general Palacios fue concluyente al decir: «Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los legistas que establecieran si el Presidente había bebido algo. La prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada.» Se presume que Palacios hizo esta afirmación después de haber hablado, en la noche del 11 de septiembre, en el Hospital Militar, con alguno de los médicos que hicieron la autopsia del cadáver de Allende.

Sin embargo, esta realidad, para la trama de Ernesto Baeza Michelsen no servía. Para un «suicidio» bueno de Allende, Baeza Michelsen necesitaba un «presidente borracho», lo cual, al mismo tiempo, servía para el intento de desprestigio personal, en el que estaban empeñados los generales. Entonces el director

general de la trama hizo poner en el informe médico final lo siguiente: «El cuerpo de Allende presentaba un noventa por ciento de alcoholemia.»

### *Una rectificación*

Al regresar a Chile, el general Javier Palacios se encontró con la novedad de que sus tropas habían tomado «un Palacio de Gobierno rendido». Entonces, modificó sus declaraciones de Bogotá, y en la primera semana de octubre de 1973, ante los periodistas demócratacristianos y de derecha, los únicos sobrevivientes del periodismo chileno después del manotazo dado por los generales insurrectos a la prensa de izquierda, el general modificó su versión de la toma de La Moneda:

«En el momento de entrar por Morandé 80 se veía izada una bandera blanca en un palo, la que posteriormente resultó ser el delantal blanco de un médico y que fue puesto por la propia Payita, por orden del señor Allende. En esos instantes salían del edificio un número aproximado de 30 civiles, todos ellos miembros de la guardia personal (GAP), y muchos médicos que se rindieron ante nuestras fuerzas. Al subir al segundo piso de La Moneda, ésta ya estaba transformada en un infierno por efectos del fuego. Paralelamente recibíamos disparos sorprendidos de tiradores emboscados en algunas oficinas.»

Es decir, un gran cambio de una declaración a otra: en la primera no hay «bandera blanca» por ninguna parte, y sí existe «una resistencia» un «recibimiento a balazos»; tampoco hay «civiles» que salían rendidos en la primera declaración. Sólo hay combate violento, con defensores que gritan «el marxismo no se rinde».

En la segunda declaración, las cosas cambian: los civiles bajan rendidos, hay bandera blanca y algunos «disparos sorprendidos» de «tiradores emboscados». Quedaba claro que esta declaración fue hecha después de una larga conversación con el general Ernesto Baeza Michelsen.

Sin embargo, los porfiados hechos siguieron evidenciando al general Palacios en su segunda declaración «rectificada». Al contar su desplazamiento dentro de La Moneda, en orden cronológico, queda claro que corrió hacia el Salón Rojo. Es decir, no revisó primero los salones en buen estado, donde podría haber presuntos tiradores «emboscados» (entre esos salones estaba